

ANÁLISIS DE LA OBRA

Los puntos suspensivos del título dejan latente el final del “elocuente proverbio” que, como manifiesta el autor, “sugirió” a Bretón esta pieza: “entre santa y santo, pared de cal y canto”. No es infrecuente el hecho de que un refrán o frase proverbial dé título, y aun génesis, a las obras de este autor: desde la primera que escribió, *A la vejez, viruelas*, hasta esta última de su teatro breve, pasando por *A lo hecho, pecho* o *El pelo de la dehesa*. No responde tal decisión a casualidad o circunstancia del momento, sino que se entraña en una forma de entender la relación teatro-vida a partir de una intención moral; en Bretón tal intención suele acomodarse a estas formas de la tradición sapiencial, en una filosofía de lo admitido o del sentido común: no hay una sola obra de este autor en cuyo diálogo no proliferen refranes, sentencias o frases hechas, como vehículo de esa visión.

El resumen del argumento de esta obra lo ofrece Bretón en una amplia y muy interesante nota a pie de página de su edición. Basta leerlo para notar algo que el autor se apresura a declarar de inmediato: “Confieso que es muy parecido el argumento de este juguete al de mi zarzuela *Los solitarios*.”; para tratar a continuación de deslindarlas atendiendo a lo verdadero o fingido de la misantropía de los personajes protagonistas.

También hace notar Bretón que en esta obra no ha echado mano del fácil recurso compositivo de la complicidad de la criada con el galán (“Nada de intrigas, nada de pérfidos lazos”), del que tanto abusa este autor, como ha podido verse en las obras anteriores.

La diferencia entre las obras mencionadas es cierta, pero no tanta como quiere Bretón (aunque ello, en algunos aspectos, no tenga mayor importancia): falta la intriga interna, creada por personajes, pero se da una similar, que actúa desde fuera de la obra, que es la del autor, dispuesto a seguir los mismos pasos que en *Los solitarios* y a llegar a idéntico punto final. Los personajes principales, por ejemplo, muestran la misma inconsistencia en caracteres y afectos, y, como es usual, se “traicionan” en sus parlamentos, hablando de lo poco razonable del desdén de la dama y de la rapidez vertiginosa con que cambian los afectos.

La criada, puestos a pormenorizar, cumple idéntica función en ambas obras —disponer favorablemente la acción para los amores; y no importa que comprada en una y sin sueldo en otra, porque hasta la predisposición para su cometido es la misma.

Retirada a los personajes la función de crear resortes en el interior de la fábula, tal cometido queda al descubierto en manos del autor. Pero el autor declina tal aparición descubierta. Ya hice notar más arriba la curiosa confusión que ofrecían Dios, una criada y Bretón; aquí Bretón vuelve a delegar en Dios la creación de los resortes externos de la obra:

Modesto. No es menor mi asombro, bellísima Engracia, al verme tan radicalmente cambiado; pero la Providencia, que sin duda nos crió al uno para el otro, ha querido disponerlo así.

Engracia. ¡Ah! tiene usted razón: justo es acatar los decretos del Altísimo.”;

para acabar henchidos de amor divino, humano y universal:

Manuela. Y alabemos a Dios que todo lo ha ordenado para vuestra felicidad, y para que, unidos en casto vínculo, lo sirváis y adoréis.”

No es, por tanto, en esos aspectos donde hay que buscar las diferencias entre *Los solitarios* y *Entre santa y santo...*; lo que

ciertamente puede separar a ambas obras –y quizá a la segunda de todo el teatro de Bretón– son los aspectos técnicos.

Esta obra, que se define como “Pieza cómica ambulativa”, está pensada para la lectura (“y presumo que tal humorada no dejará de divertir a los que la lean, ya que su estructura no permite exhibirla en el teatro”); y es esa concepción la que la hace novedosa y poco convencional en algunos aspectos.

Al no haberse de sujetar a la escenificación se permite la licencia de ser “ambulativa”, disponiendo la acción en el transcurrir de un viaje; pero lo hace, a un tiempo, extremando, de forma paradójica y más que en ninguna otra obra, la unidad de lugar: casi toda ella se juega en el estrecho recinto de una diligencia.

Similar libertad de concepción permite que dos escenas se consideren como sucedidas simultáneamente:

“[Queda en silencio contemplativo y mirando sin pestañear a la carretera, donde, simultáneo de la última parte de su monólogo, han entablado Engracia y Manuela el diálogo siguiente.]”;

o que Bretón pueda volver a efectos escénicos de movimiento y ruido ya olvidados desde el tiempo de su escasa producción romántica.

Que la obra se conciba para la lectura y que se aligere casi totalmente de los resortes habituales en el teatro de Bretón obliga a que la palabra señoree la obra, en mayor medida, todavía, que de costumbre. Tanto los monólogos como los diálogos son antiteatrales: excesivamente largos y demorados y prolijos; más convenientes en una novela que en una obra de teatro. La mayor parte de ellos suponen ejercicios de función fática, y la información que se intercambia en ellos recalca con excesiva frecuencia en lo intrascendente.

Con todo, no puede negarse que el distanciarse, aunque sea un poco, del resto de su producción, dota a esta obra de un cierto atractivo.

T E X T O

ENTRE SANTA Y SANTO...

PIEZA CÓMICA AMBULATIVA (*)

PERSONAJES

ENGRACIA. D. MODESTO.
MANUELA. EL MAYORAL.

La escena pasa en el camino de Tudela a Jadraque; la mayor parte del tiempo, dentro de la berlina de una diligencia; apeándose alguna vez cuando se muda el tiro, y a pie sobre la carretera al terminar la acción.

(*) Confieso que es muy parecido el argumento de este juguete al de mi zarzuela *Los solitarios*. Varían, sin embargo, esencialmente en que aquí tanto a *Engracia* como a *D. Modesto*, aquejaba una verdadera y más o menos fundada misantropía, al paso que en la zarzuela toman ese falso colorido el capricho y el aburrimiento de *Mariana*, siendo de todo punto distante la de *D. Antonio*. Además, obra éste de acuerdo con la criada, y aunque la dama más blanda de condición de lo que ella misma presumía, capitula de buen grado, no tanto al propio mérito como a su hábil estrategia debe su triunfo el galán. En la presente pieza, que un elocuente proverbio me sugirió, todos obran de buena fe: ni *Engracia* ni *D. Modesto* siguen un plan preconcebido. Y si la exagerada austeridad de ambos es combatida por *Manuela*, procede así espontánea y gratuitamente. Nada de intrigas, nada de pérfidos lazos. Sin designio, y aun contra su propósito se hallan los tres, de noche, ocupando en un viaje los asientos nada holgados de la berlina en una diligencia. Mal recibido *D. Modesto* al ocupar el suyo, no trata de congraciarse con sus desconocidas compañeras, porque gusta no menos que ellas de su propia comodidad. Nacen de esta aversión, al parecer instintiva, agrias contestaciones; pero aunque se juran odio eterno, el inevitable roce continuo; el sueño ahora; el insomnio después, sin otras molestias corporales, y la necesidad que al fin los tres reconocen de ser más tolerantes y comunicativos, dan ocasión a interesantes diálogos y también a actos de deferencia y cortesía. Amanece, y, con verse, propenden ya a ser más indulgentes. Sobrevienen, por último, lances con que no contaban, si bien harto frecuentes en un camino, y la humana fragilidad, auxiliada por ellos, llega a convertir en entrañable amor aquel injusto recíproco desvío. Creo pues haber sacado, sin inverosimilitud, algún partido de las circunstancias, y aun del estrecho recinto en que coloco a mis interlocutores, y presumo que tal humorada no dejará de divertir a los que la lean, ya que su estructura no permite exhibirla en el teatro.

Esta pieza fue impresa por primera vez en 1862.

ESCENA I.

ENGRACIA. MANUELA.

[*Dentro de la berlina: es de noche.*]

Manuela. Confiese usted, señorita, que los baños de Fitero le han sentado perfectamente.

Engracia. Sí, mejor estoy de los nervios; pero, ¡ah! no hay baños, no hay medicina para las heridas del alma.

Manuela. Sí tal; yo creo que sí; pero es preciso que el enfermo ponga algo de su parte para curarlas.

Engracia. Tales pueden ser, que sea delito el intentarlo.

Manuela. Las penas matan cuando no se procura su alivio, y Dios, que nos ha dado la vida, nos ordena conservarla.

Engracia. ¿Acaso atento yo a la mía? Por cristiana, por sumisa a la voluntad divina me resigno a vivir, y quizá porque el mismo dolor de haber perdido a mi Julián me aligera el peso de la vida. Con llorarle sin tregua le tengo siempre en mi memoria, y aun pudiera decir que ante mis ojos. Él lo sabe, él lo ve desde el cielo y agradecerá mi fe incontrastable.

Manuela. Él, si, como piadosamente creo, es ya espíritu glorioso, no puede ser tan inconsiderado que exija de su tierna esposa, viuda a los veinte años, perdurable lloro y sempiterna soledad. Ya ha hecho usted por el difunto cuanto Dios y el mundo podían exigir; suntuosas exequias, centenares de misas, crecidas limosnas, privación de todo espectáculo, de todo placer, aun el más inocente, riguroso luto, que dura ya once meses... Lo merecía mi señorito, eso sí, y yo

le lloro también de todo corazón, porque a él y a usted debió mi triste orfandad asilo generoso, y un trato más de hermanos que de señores.

Engracia. No todavía el que tú mereces. Criada en buenos pañales, educada con esmero y no nacida para la humilde condición de sirvienta...

Manuela. Sirvienta, pero relevada de la escoba, del estropajo y de todo lo puerco y degradante del oficio; primer doncella de una damita modelo de pulcritud, de amabilidad, de hermosura...

Engracia. ¡Jesús! no digas...

Manuela. Destino es este muy superior a lo que yo podía pretender en mi desamparo, y el único que me era dado admitir de personas que no eran mis deudos, sin excitar la envidia y tal vez el odio de los suyos.— Pero ¿a qué tanto hablar de un arrapiezo como yo? Volvamos a usted. Yo quería mucho a don Julián; pero él ya no necesita mis cuidados; usted sí, y el cariño que la tengo raya en fanatismo. No puedo pues llevar a bien que, en la flor de la juventud, quiera usted renunciar a un mundo donde tanto puede brillar.

Engracia. Aunque ese fuera un sacrificio; que para mí no lo es, el amor de esposa me lo impondría.

Manuela. Mucho hay que decir sobre eso, y pocas son las jóvenes que en igualdad de circunstancias se crean sujetas, ni aun por el qué dirán, a semejante mortificación. La naturaleza tiene también sus prescripciones y suelen ser harto ejecutivas.

Engracia. ¡Manuela!

Manuela. Bien, callo sobre este punto, porque no se halla usted en estado de discutirle; pero ¿no puede usted ser fiel a la memoria del finado, y aun proponerse no contraer con otro alguno el lazo que llora roto...?

Engracia. ¡Oh, jamás!

- Manuela.* ¿No puede usted condenarse, aunque es muy duro, a perpetua viudez sin encerrarse en un monasterio?
- Engracia.* Sólo allí puede haber paz para mi corazón acongojado.
- Manuela.* Tal vez sí. (Probablemente no). Con todo, debería usted tomarse más tiempo para asegurarse de que es verdadera su vocación.
- Engracia.* Bastará para eso el año de noviciado. Además, en las Salesas Reales, que es el monasterio elegido, es monja profesa y de mucha autoridad mi tía Gertrudis, que es una santa. Ella me ilustrará; ella me aconsejará lo que vea que más me conviene, y si tú me sigues al claustro... Pero no me atrevo a proponértelo...
- Manuela.* Yo, aunque nada tengo de misántropa, me siento muy capaz de eso y de mucho más por complacer a usted.— Sin embargo, como en el siglo se puede también servir a Dios, y usted no tiene talle de monja...
- Engracia.* ¿Qué tiene que ver el talle con la...?
- Manuela.* Con tocas y todo será usted siempre linda; convengo en ello.
- Engracia.* ¡Oh! no gusto de lisonjas.
- Manuela.* Pero, aparte de eso, ¿quién sabe si el temperamento...?
- Engracia.* ¿Eh? ¿qué quieres decir?
- Manuela.* Nada: que la falta de regalo, los ayunos, las penitencias, los maitines, las austeridades de la vida claustral, pueden perjudicar mucho a la salud de usted, ya algo intercadente. Por lo menos debería usted prorrogar...
- Engracia.* No te canses: lo he meditado bien y mi resolución es irrevocable.
- Manuela.* No replico. [*Para sí.*] ¡Qué lástima, qué lástima, Dios mío! Todo Madrid lo va a deplorar, y especialmente los jóvenes elegantes.
- Engracia.* ¿Qué estás diciendo?

Manuela. No hablo con usted: es un soliloquio... Reflexiones... Quién dirá que es una locura; quién lo achacará al despecho...

Engracia. De ningún modo.

Manuela. Otro se atreverá a calificarlo de gazmoñería; otro...

Engracia. ¿Qué me importan a mí las hablillas de los necios? ¿Habrá ya alguno que para mí no lo sea, o lo parezca; alguno a quien yo me digne a mirar siquiera, cuando yace bajo una losa el único que nació para que yo le amara? ¿No te he dicho una y cien veces que aborrezco a los hombres?

Manuela. ¡Válgame Cristo! ¿Qué le han hecho a usted para proscribirlos en masa...? Pues, valga la verdad, no se acredita usted con eso de buena cristiana.

Engracia. Una cosa es amarlos místicamente..., como prójimos, y otra...

Manuela. Entiendo. (Llevémosle la corriente.) Según eso, tendrá usted a mucha fortuna el haber estado a nuestra disposición toda la berlina al tomar la diligencia en Tudela.

Engracia. Sí por cierto; y dicha ha sido también no haberse presentado en el camino quien ocupe el asiento vacante.

Manuela. Pues, ¡digo! si nos hubiera tocado de compañero algún vejestorio impertinente y achacoso... ¿Eh?

Engracia. ¡Manuela!...

Manuela. Siquiera tenemos la ventaja de ir holgadas... Y mire usted, peor que un hombre; –yo no los aborrezco; confieso mi flaqueza;– hubiera sido alguna mayorazga alcarreña, dengosa, epiléptica... ¡Horror!

Engracia. Ya no es de temer que nadie nos incomode de aquí a Jadraque, donde, Dios mediante, tomaremos el ferrocarril...

[Para la diligencia para mudar tiro, y aparece D. Modesto con un frasco pendiente, por medio de un cordón, desde el hombro

derecho a la cadera izquierda, la capa sobre el hombro izquierdo, una cesta de viaje colgando de la muñeca derecha y un puro en la boca: le acompaña un mozo cargado con un baúl-maleta.]

ESCENA II.

D. MODESTO. EL MAYORAL.

- Modesto.* ¿Hay asiento?
Mayoral. Sí, señor: el número 3 de la berlina.
Modesto. Le tomo.
Mayoral. ¿Hasta dónde?
Modesto. Hasta Jadraque... ¿Cuánto cuesta? Estamos en Agreda...
Mayoral. En Jadraque pagará usted.— A la baca el baúl y monte usted.
[El mozo que le traía le coloca en la baca ayudado por el zagal.]
Modesto. Allá voy. *[Abriendo la portezuela y entrando en la berlina.]* ¡Deo gracias!

ESCENA III.

ENGRACIA. MANUELA. MODESTO.

- Engracia.* ¿Qué es esto?
Manuela. ¿Quién es?
Modesto. No hay que asustarse; que no soy ningún salteador, sino un viajero inofensivo.
Engracia. ¡Todo sea por Dios!
Modesto. Amén.
Engracia. Irá usted... A Soria.
Modesto. No: a Jadraque, y de allí a Madrid.
Engracia. ¡Fatalidad!...
Modesto. ¿Eh?
Manuela. ¿Y con todo ese atalaje?...

- Modesto.* Lo preciso, nada más, y lo acomodaré de modo que no estorbe. La capa sobre mi asiento...
- Engracia.* ¡Capa en el mes de agosto!
- Modesto.* Las noches son ya muy frías por este tiempo: agosto, frío en el rostro, dice el proverbio; y no hay que olvidar que estamos cerca del Moncayo.— Esta cesta con comestibles, a mis pies, y el frasco en la bolsa.
- Manuela.* Con vino, ¿eh?
- Engracia.* ¡Gran Dios!...
- Modesto.* Sí, señora, pero selecto.
- Manuela.* [*Aparte con Engracia.*] Algún hidalguillo de lugar...
- Engracia.* ¡Un idiota!
- Manuela.* [*En alta voz.*] Parece que este señor es amigo de sus comodidades.
- Modesto.* Hombre prevenido vale por dos. ¿Quién sabe lo que le puede suceder en un camino?
- Engracia.* Pero acabe usted de sentarse.
- Modesto.* Sí haré. Tengo el número 3... Debo, pues, sentarme en medio de las dos. ¿Cómo ha de ser! [*Se sienta sobre su capa y entre Engracia y Manuela.*]
- Manuela.* ¡Calle! ¿Lo tiene usted a menos? ¡Pues no es poco desdeñoso...!
- Engracia.* Déjale estar y calla.
- Modesto.* Parecerá grosería, pero...
- Engracia.* (Peor sería lo contrario, ya que Dios ha querido...) Que usted vaya o no a su gusto, no me importa gran cosa; pero ese cigarro... ¡Peste!
- Modesto.* ¿No digo? Sosiéguese usted: no fumaré. [*tira el cigarro por la ventanilla.*] (¡Sexo impertinente y despótico!)
- Mayoral.* [*En su pescante.*] ¡Al avío!— ¡Beata! ¡Beata!... [*Rueda de nuevo el carruaje con el obligado acompañamiento de campanillas, latigazos, gritos, cantares y blasfemias. Téngase por repetida esta acotación para el resto del viaje, con los cortos intervalos de constumbre.*]

- Manuela.* (Vamos, es dócil.)
- Modesto.* Vean ustedes naturalmente, y bien pronto, mi *¿Cómo ha de ser!* Yo hubiera preferido uno de los dos rincones...
- Manuela.* ¡Ya lo creo! Pero no es razón que mi señorita ceda el suyo, ni yo, con su licencia, quiero renunciar al mío.
- Modesto.* En hora buena. Yo lo decía...
- Engracia.* ¡Necia de mí, que no tomé toda la berlina en Tudela!
- Modesto.* Así lo hubiera hecho yo en lugar de usted, y no soy más que un individuo; pero ya ¿qué remedio?...
- Manuela.* Dice bien. A lo hecho, pecho.
- Modesto.* Deseando yo mudar de asiento, no consultaba sólo mi comodidad, sino también la de ustedes. Así no les molestaría la interposición de un extraño, y yo podría fumar y dormir.
- Engracia.* ¿Quién le impide a usted que duerma?
- Modesto.* Nadie ni nada en el mundo. Son ustedes mujeres... Por la voz lo saco.
- Manuela.* (¡Nada más!)
- Modesto.* Son ustedes jóvenes tal vez...
- Manuela.* Jóvenes, sí, señor. ¡Vaya!
- Modesto.* Acaso bonitas...
- Manuela.* (¡Hum!...)
- Modesto.* Pero yo estoy asegurado de incendios.
- Manuela.* ¡Oiga!...
- Engracia.* (Este hombre es un oso.)
- Modesto.* Iría yo, no obstante, más a mis anchas si fuesen ustedes hombres, pues no tendría que estar contraído, espetado¹...
- Manuela.* (¡Es original!)
- Modesto.* El sexo que llaman bello...
- Engracia.* ¡Que llaman! No lo es para usted, según eso.

1. **Espetado.** 'Encajado'.

- Modesto.* Sí, será, sí. No riñamos por un adjetivo; que no somos académicos de la Lengua; pero cualquiera que sea mi opinión particular sobre este punto, no niego que hay que guardar a dicho sexo ciertas consideraciones, por delicado, por débil...
- Manuela.* ¿Cómo débil? Fuerte y muy fuerte.
- Modesto.* ¿Sí?
- Manuela.* Precisamente tiene usted a su lado el más insigne modelo de fortaleza y de virtud.
- Engracia.* Hazme el favor de callar, Manuela.
- Manuela.* ¿Por qué? Bueno es que sepa este... ciudadano, que no somos aquí mujeres vulgares y aventureras. Ha de tener usted entendido que mi señorita, en la primavera de sus años y hermosa como el lucero del alba, odia de muerte a todos los hombres.
- Engracia.* Ya te he dicho que calles. ¿Qué le importa a él...?
- Modesto.* ¿No ha de importarme? A mí no puede serme grato que nadie, ni aun una mujer, me aborrezca.
- Engracia.* ¡Ni aun una mujer! ¿Tan ruin concepto merecen a usted las mujeres?
- Modesto.* No en todo.
- Manuela.* Por lo visto las detesta aún más que usted a los hombres.
- Modesto.* Yo no detesto a nadie: Dios y la religión me lo prohíben; pero si mirase con aversión a las mujeres, quizá no me faltaría motivo para ello.
- Manuela.* Puede; pero, según los indicios, dudo mucho que la severidad con que usted nos juzga nazca de... ¿Me entiende usted?
- Modesto.* Sí; de haberlas tratado íntimamente, querrá usted decir. Pues se equivoca de medio a medio. Aquí donde ustedes me ven... Rectifico: no me ven ustedes, porque la noche está como boca de lobo.— Digo que este hombre, que habrá parecido a ustedes tan tosco y tan esquivo, ha amado a una mujer...

- Engracia.* ¿Es posible!
- Manuela.* ¿Quién dijera...?
- Modesto.* Sí por cierto, y con entusiasmo, con locura.
- Manuela.* Como mi señorita a su difunto? Lo dudo.
- Engracia.* ¡Válgate Dios, Manuela!
- Modesto.* Tal vez más. ¿Soy yo de estuco por ventura?
- Manuela.* Habrá fallecido también...
- Modesto.* Ella no. Mi amor es el que ha muerto.
- Manuela.* *Requiescat in pace.*
- Modesto.* ¡Amén!
- Manuela.* Pues queda demostrado que el corazón de usted no vale para descalzar al de mi ama; porque...
- Engracia.* ¡Basta! ¡Qué necio coloquio...!
- Manuela.* No tal; antes se va haciendo por momentos interesante. Este caballero, aunque ya no muy afecto a las faldas, y él se sabrá por qué, tiene al parecer un genio apacible, dulce, y no tercia mal en la conversación. Continuándola podemos viajar menos aburridos que si callásemos los tres como cartujos; y pues él y usted son ya inexpugnables, y a falta de otro nudo, que ninguno de los dos apetece, los une el de haber pensado ambos algún día muy de distinto modo, no veo yo el menor inconveniente en que averigüemos quién de los dos tiene más razón; usted para sepultarse en un claustro...
- Modesto.* ¿Qué oigo!
- Manuela.* Y él para... ¿Qué sé yo para qué?
- Modesto.* Bien pudiera ser que hubiese también alguna analogía entre su propósito y el mío.
- Manuela.* ¿Lo oye usted? ¡Vaya, que es lance...! Y mire usted, lo hubiera yo jurado. Hombre tan cómodo, tan precavido, tan regalón, está cortado para canónigo... si no lo es ya.
- Engracia.* ¡Manuela!... Dispénsela usted. Es una bachillera.

- Modesto.* Con sus puntas de burloncilla... No me agravia; déjela usted... Antes me divierte.
- Manuela.* Lo celebro; y ya que es usted hombre de correa...
- Modesto.* No: todavía...
- Manuela.* Quiero decir, hombre que no se pica por chanzas inocentes, le diré que he adivinado ya la causa de su antipatía a las mujeres.
- Modesto.* Si acierta usted, lo confesaré: soy franco.
- Manuela.* A usted le ha escarmentado alguna.
- Modesto.* Dice usted la pura verdad.
- Manuela.* ¡Oh! La que a mí se me escape... Ahora bien, no ha tenido esa malaventura la bella Engracia.
- Modesto.* ¿Engracia se llama usted?
- Engracia.* Servidora de usted.
- Modesto.* Muy señora mía, y permítame una réplica esa mocita. No hay por qué llamar malaventura, sino todo lo contrario, a un saludable escarmiento, y yo estoy firmemente resuelto a aprovecharme del mío.
- Engracia.* No seré yo quien lo repruebe.
- Modesto.* ¿Podré yo también decir llanamente lo que siento, señorita?
- Engracia.* ¿Por qué no?
- Modesto.* Usted llora la muerte del hombre a quien amó y de quien, según lo que he oído decir a esta niña, fue leal y entrañablemente correspondida.
- Engracia.* [*Con lágrimas y sollozos.*] ¡Oh sí! entrañablemente. ¡Mi pobre Julián!... ¡oh!... ¡ah!...
- Modesto.* Tranquílese usted.— Mi pasión, por el contrario, fue indignamente pagada. Puse los ojos en una coqueta a quien, fascinado por sus gracias y sus zalamerías, reputé la más cándida, la más pura de las doncellas. ¡Me vendió!— Me afligí mucho al principio, y a punto estuve de desesperarme; pero, por dicha, la religión primero, la razón después, volvieron la quietud a mi alma y a mi cabeza la cordura. Desengaño tan acer-

- bo no produjo en mí, sin embargo, como en usted la pérdida que lamenta, la extremada y poco lógica consecuencia –perdone usted que se lo diga– de aborrecer a las mujeres como usted dice que aborrece a los hombres. No: yo me limito a mirarlas con filosófica y tranquila, pero urbana y benévola indiferencia.
- Manuela.* Peor es eso que lo otro.
- Engracia.* Ni peor ni mejor. ¿Qué me importa a mí...?
- Manuela.* Nada, ni a mí tampoco; pero...
- Modesto.* Eso depende, es verdad, del carácter de cada uno, de su complejión... Pero tengo para mí que yo estoy más radicalmente curado que usted...
- Engracia.* ¿De qué?
- Modesto.* Del amor.
- Engracia.* En hora buena; pero a eso respondo que, como yo no quiero curarme del mío...
- Modesto.* Muy bien, señorita. Eso va en gustos.
- Engracia.* Del único que he tenido: entiéndalo usted bien. Esta misma invencible perseverancia en él me preserva de incurrir en otro.
- Modesto.* Perfectamente; pero siempre llevo yo a usted la ventaja, para mi reposo al menos, de haber desterrado el que pasó sobre cerrarme herméticamente al futuro.
- Engracia.* (Me fastidia este hombre con su tono de autoridad y su...) Bien; no disputemos; es inútil. [*Vuelve la cara al rincón.*]
- Modesto.* (Corta la conversación porque ya no sabe qué responder, y la verdad amarga... aun a los santos. Pues todavía he podido añadir otra reflexión, y muy concluyente: no debe ser muy sincera su vocación religiosa, cuando antes de consagrarse al altar no se hace superior a toda pasión humana; y es muy de temer y de lamentar que, aun dentro de la celda y después del irrevocable voto, vea siempre delante de sí la imagen del dueño querido.)

- Manuela.* Y, perdone usted la curiosidad, ¿de dónde...?
- Modesto.* [*Bajando la voz.*] ¡Chit!... Su señorita de usted ha apoyado la cabeza en el rincón... Querrá dormir, si es que no duerme ya.
- Manuela.* Es lo mejor que puede hacer. Yo también, al arrullo de tan seráfica y edificante polémica, [*Bostezando.*] ¡aaah!... me voy eclipsando... [*Se perfila también hacia su rincón y apoya en él la cabeza.*]
- Modesto.* Sí, procure usted descabezar el sueño; que la jornada es larga. [*Sacando un devocionario.*] Yo rezaré...
- Manuela.* (Es un bendito.) Eso es más sano todavía. Encomiéndeme usted a Dios.
- Modesto.* Lo haré.
- Manuela.* Buenas noches.
- Modesto.* Ya ha amanecido.
- Manuela.* [*Mirando a la ventanilla sin mudar de postura.*] ¿Sí? No había reparado... Pues buenos días. [*A pocos instantes se queda dormida.*]

[Otro intervalo, o llámese entreacto. Al diálogo anterior ha seguido un largo silencio; D. Modesto ha concluido su rezo y se ha dormido también profundamente: Engracia ha dado tal cual cabezada; pero la mayor parte del tiempo la ha pasado, o meditando o suspirando o llorando, y ya ha probado a dormirse reclinándose en el rincón, ya ha mirado al camino por la ventanilla; todo esto sin dirigir la vista al compañero de viaje. La diligencia ha parado otra vez, ha cambiado el tiro y lleva corrida más de la mitad de la posta siguiente.]

ESCENA IV.

LAS TRES PERSONAS CONSABIDAS.

- Engracia.* (Por más esfuerzos que hago, no puedo conciliar el sueño. ¿Qué mucho? La pena que me ahoga me lo impide.— No así a Manuela. ¡dichosa ella, y mil veces más dichosa que yo!— También este hombre. Lo su-

pongo, porque no hace el menor movimiento.— Yo no le he mirado todavía... ni lo pienso.— Si, en efecto, un sueño profundo es evidente señal de una conciencia pura y de un alma tranquila, bien le pudiera yo envidiar.— Duerma en buen hora: no pudiera haberme hecho mayor obsequio, y más siendo su dormir tan sosegado, pues ni se espereza, ni se tambalea, ni ronca. Si tal hiciera, ¡qué suplicio, santo Dios!— Probemos otra vez... [*Breve pausa.*] Es excusado. ¡Imposible!— ¡Quién se viera ya en Madrid! Ningún viaje me ha cansado tanto como este.— ¿Llamaré a Manuela?— No. ¡Pobrecilla! Sería una crueldad...; y crueldad ociosa, porque despertaría el filosofastro, y en presencia de testigo semejante ¿cómo hablar con la libertad, con la expansión que he menester?— Y a fe que él no dormiría así si tuviera un átomo de la sensibilidad que es mi tormento.— ¡Y pretende superarme en energía, en fortaleza! ¡Y esa estatua presume haber amado!... ¡Eh! sí, puede que sí; a su manera; guiado solo por el grosero instinto... Y quizá el desengaño de que nos habló fue harto merecido y harto fundada su religiosa conformidad. Tal vez ha visto en más de una ocasión humillado su amor propio, y es hijo del despecho más que de otra cosa ese frío desdén que afecta... ¡Oh! sí, debe de ser feo, muy feo, repugnante...— Voy a mirarle..., por curiosidad, sólo por curiosidad... [*Le mira.*] ¡Ah! no. Yo me engañaba: nada tiene de feo; al contrario... Sí, sí, es bella figura; bella y noble...— ¿Y qué me importa? No es la que tengo aquí esculpida con rasgos indelebiles.— No obstante, yo me hubiera holgado de ver en su rostro la estampa de la herejía. Así, mofándome de él, en despique del sistemático desvío con que mira a todas las mujeres, daría yo algún alivio, alguna tregua al pesar que me consume.— ¿Por qué le ha-

bré yo mirado, Dios mío? ¿Por qué me mostráis tan simpática fisonomía donde yo quería ver una caricatura?— Ya no osaré fijar en él mis ojos...— ¡Eh! ¿por qué no? ¿He de tener tan poca confianza en mí misma, tan poca consecuencia...? No, no: arrostraré con desnudo el peligro.— ¿Peligro?... Cuando no mi constancia, le conjuraría mi orgullo; y también esa misma indiferencia de que él hace alarde.— Ni, bien examinado, será este joven tan hermoso como a mí me ha parecido. Si he estado un momento dominada por una ofuscación inexplicable, por un vértigo, efecto del mareo, del cansancio, del insomnio, basta el sentimiento de mi propio decoro para no dignarme de mirarle otra vez...; o para mirarle meramente como un objeto artístico...; como un busto sin alma...— Y esto es, y nada más, según las máximas que ha vertido; y demasiado lo prueba durmiendo el sueño del Limbo en medio de dos mujeres jóvenes y agraciadas.— Bien puedo sin temor alguno... [*Vuelve a mirarle.*] No, ¡ah! no es ilusión de la fantasía. ¡Qué gallardo! ¡qué gentil!...— ¿Cómo ha habido mujer capaz de serle traidora? Yo en lugar de ella...— ¿Qué digo, miserable! ¡Oh flaqueza! ¡oh rubor! ¡Ven a mi auxilio, sombra idolatrada!...

[*Vuelve a parar la diligencia y a mudar el tiro.*

Despiertan D. Modesto y Manuela.]

- Manuela.* ¡Ah!... ¿Estaremos ya en Jadraque?
- Modesto.* No es posible. [*Echándose un poco adelante para mirar el camino.*] ¿A ver? No: van a cambiar el tiro.
- Manuela.* [*Mirando a D. Modesto.*] (¡Hola, hola! No es saco de nueces el bienaventurado. ¿Quién diría...?)
- Modesto.* Bajaré a fumar, si esta señorita me permite...
- Engracia.* [*Procurando no ser vista.*] Es usted muy dueño.

[*D. Modesto desciende de la berlina sin reparar en Engracia ni en Manuela.*]

ESCENA V.

ENGRACIA. MANUELA.

- Manuela.* ¡Vaya bendito de Dios! Ya era tiempo de que nos viésemos libres de él, aunque por pocos minutos. Ensanchémonos y respiremos.
- Engracia.* Sí. [*Abanicándose.*] Se siente ya un calor sofocante.
- Manuela.* Es ente singular... ¿Digo bien?
- Engracia.* [*Meditabunda.*] Sí, algo...
- Manuela.* Hablo de su carácter, porque la figura..., ¿eh? Me parece bastante pasadera.
- Engracia.* No sé; no me he fijado...
- Manuela.* Y joven. Representa a lo sumo de veintiocho a treinta años.
- Engracia.* ¿Qué nos importa?...
- Manuela.* Nada; es claro. Lo digo solamente porque, al oír sus reflexiones morales y el poco aprecio que hace de las hembras, y al saber que es tan concienzudo, se me figuraba a mí que era un sesentón...
- Engracia.* [*Suspirando.*] ¡Ah!...
- Manuela.* Calla usted, suspira... ¿Qué tiene usted?
- Engracia.* Nada...
- Manuela.* Los nervios tal vez... ¿Saco el frasquito de azahar? Pediremos agua...
- Engracia.* No: nada quiero, nada necesito.
- Manuela.* Pero la veo a usted triste, y como quien medita o reza...
- Engracia.* Estoy pensando que será mejor ceder uno de los rincones a ese caballero. Allí estaremos juntas...
- Manuela.* No me parece mal; pero...
- Engracia.* Yo en el otro y tú en medio. (Evitaré...)
- Manuela.* Como usted guste; pero ¡ocurrirle a usted ahora esa evolución que no tuvo a bien aprobar cuando él la propuso....
- Engracia.* Por eso mismo la desaprobé. Luego he reflexionado...

- Manuela.* Ya comprendo: tendrá mal dormir...
Engracia. Nada de eso.
Manuela. La verdad: ¿se ha propasado...?
Engracia. No, ni en lo más mínimo.
Manuela. Ya he dado en el hito. Como me ha oído usted decir que es joven y buen mozo, teme...
Engracia. ¿Qué es temer? Yo no le temo a él ni a ninguno.
Manuela. Perdone usted si...
Engracia. No claudica a dos tirones mi fe acrisolada.
Manuela. Estoy en eso.
Engracia. Aunque fuese el mismo Adonis...
Manuela. Bien; no hay que alterarse...
Engracia. Pero, al fin, no es decente que yo vaya rozándome con un hombre, aun siendo tan timorato como ese sujeto.
Manuela. Tan cerril dirá usted.— ¡Ah! me ocurre una idea...
Engracia. ¿Cuál?
Manuela. Propóngale usted que nos haga la fineza de irse a otro departamento, si hay algún lugar vacío, o al pescante con el Mayoral.
Engracia. No me atrevo. Él pagó su asiento de berlina...
Manuela. Cierto, y dijo que hubiera pagado los tres por venir más holgado.
Engracia. ¡Ya ves tú! Y no ha dado motivo...
Manuela. Es verdad; y de fijo nos espetaría un no redondo si le hiciéramos semejante proposición.— ¡Eh! ya le tenemos de vuelta. Pasaré su capa al rincón.

ESCENA VI.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

- Modesto.* Con licencia de ustedes. Un ladito...
Engracia. [*Perfilada y con la cabeza apoyada en el rincón.*]
Puede usted quedarse ahí.
Modesto. ¡En el rincón! Muchísimas gracias.

- Manuela.* Y sobre su capa bendita: no es razón que una pecadora la profane.
- Modesto.* ¿Pecadora? No creo...
- Manuela.* Para usted lo somos todas, por lo visto.
- Modesto.* ¿Quién ha dicho tal cosa?
- Manuela.* Así pegará usted mejor las pestañas, ya que es tan dormilón.
- Modesto.* Algo hay de eso. Como, gracias a Dios, no tengo cuidados ni remordimientos...
- Manuela.* Así no estará expuesta mi señorita a servir a usted de almohada.
- Modesto.* ¡Cómo! ¿Habré sido tan desgraciado...?
- Manuela.* ¡Desgraciado!
- Engracia.* (¡Desgraciado dice! ¿Qué hombre es este, cielos?)
- Manuela.* ¡Me gusta la frescura! ¡Desgraciado!
- Modesto.* No hay que picarse. Yo no daba a esa expresión el significado que usted supone. No la articuló el desprecio, sino la delicadeza y la cortesía.
- Engracia.* (Eso ya es diferente.)
- Modesto.* Una cosa es nopreciarme de entusiasta para con las mujeres, no perecerme por ellas, y otra faltar a los miramientos que les son debidos. En este concepto, no en otro, sería para mí una desgracia el haber atentado ni levemente, ni aun dormido, y por consiguiente muy contra mi voluntad, al pudor de ninguna.
- Manuela.* Muy bien, señor don...
- Modesto.* Modesto Bonifaz para...
- Manuela.* Para servir a Dios y a ustedes. (Cuando digo que es un infeliz... Hasta en el nombre lleva la beatitud.)
- Modesto.* Mi sueño es ordinariamente dulce y bien criado; pero es posible que las oscilaciones de la góndola me hayan hecho perder maquinalmente el equilibrio e incurrir, bien a pesar mío, en algún desacato.
- Engracia.* [*Vivamente y con enfado.*] ¡No, señor, no, señor!

Manuela. (¡Vaya, que pica ya en historia la mojigatería de este prójimo!)

Engracia. Si se hubiera usted desmandado en lo más mínimo, yo le hubiera llamado al orden.

[*Otro intervalo de silencio, durante el cual se han dormido Manuela y D. Modesto.— Vuelve a hacer alto la diligencia para el necesario cambio de caballerías.*]

ESCENA VII.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO. EL MAYOR.

Mayoral. [*Abriendo la portezuela.*] Aquí pueden ustedes tomar un bocado, si gustan.

Manuela. ¿Bajamos?

Engracia. Sí.

Manuela. [*A D. Modesto.*] Usted delante.

Modesto. No. Tengo poca gana, y prefiero mis víveres a los comistrajos de las ventas y paradores.— Pasen ustedes. Me encogeré todo lo que pueda.

[*Se incorpora y se contrae para dejar pasar a Manuela y Engracia.*]

Manuela. Allá voy...

Mayoral. Traiga usted la mano; que el estribo está un poco revesado...

Manuela. No le hace; yo me ingeniaré.

[*Baja al camino.*]

Modesto. [*Mirando con atención a Engracia, que ya está de pie para seguir a Manuela.*] (¡Oh!... ¡ah!... Es un cielo su cara.)

Manuela. [*Desde abajo.*] Deme usted la mano, señorita.— Aquí el pie: -ahora aquí el otro. Bien. Vamos andando. Ya tenía gana de estirar un poco las piernas.

Engracia. [*Abajo y volviendo un instante la vista a la berlina.— Sus ojos se encuentran con los de D. Modesto.*] (¡Se queda ahí!... Se lo agradezco.)

[*Se dirigen a la posada los dos.*]

Mayoral. ¿Cierro?

Modesto. No. Bueno es ventilarse un poco.

ESCENA VIII.

D. MODESTO.

¡Oh qué lindo pie! ¡primoroso!— ¡qué talle!— ¡qué brio y qué gracia en todos sus movimientos!— ¡Ya no la veo!... y juraría que me contrista su desaparición.— ¡Oh! pese a mi orgullo, fuerza es confesar que no hay filosofía capaz de resistir a un sexo en que hay ejemplares tan seductores.— Pero es que tampoco había yo visto hasta ahora tan bella criatura. Comparada con ella ¿qué es Emilia?— ¡Ay! incomparable me pareció también aquella ingrata. Sí; pero es porque yo buscaba en la tierra el punto de comparación. El tipo de Engracia solo en el firmamento puede tener parangón.— ¿Y quién sabe si será visión ideal, mito fantástico que ha engendrado mi imaginación extraviada, febricitante... Bien puede ser que el traqueteo del carruaje, el poco y mal dormir, o acaso la falta de alimento, alteren mi salud, trastornen mi cerebro..., y una especie de, ¿qué sé yo?, de paroxismo, puramente corporal, revista en mí la forma de arrebato amoroso.— Quizá cuando esa que al pronto me pareció no sé si hada o sílfida se ofrezca de nuevo a mis ojos nublados por el sueño, se haya desvanecido el encanto.— Dios lo quiera: yo me hallaba muy bien sin los deliquios, sin las zozobras del amor.— Vamos a cuentas, señor don Modesto. Supongamos que mi compañera de viaje es en efecto un milagro de hermosura: ¿se sigue de esto que haya de ser tan bella de alma como de rostro? Así como aventaja sin duda a Emilia en atractivos, ¿no la puede exceder en perfidia y liviandad? ¡Guarda, Pablo!... Pero ¿cómo, si está

dando tan inaudita muestra de constancia amatoria, de fidelidad conyugal? ¿Cómo, si lleva su tesón hasta el extremo de sepultar sus hechizos en austera clausura?— ¿Haría esa; —ya iba a decir locura, pecador de mí!; haría tal cosa si fuese lo que son todas..., o casi todas, una coqueta?— Y usted, señor Bonifaz, que tenía ya conatos de presbítero, o por lo menos de célibe morigerado y temeroso de Dios, ¿osaría usted poner asechanzas a aquella virtud acendrada? ¡No, no: aquí de mi entereza, aquí de mi filosofía!— Ya sale. No la miraremos... ¿Por qué no, menguado? Miremosla; pero a sangre fría, con la calma de un estoico. Desafiemos al amor..., o al diablo en figura de hurí... ¡Oh! poco he dicho todavía; ¡es un serafín! Limpia ya del polvo del camino; reparado, aunque a la ligera, el consiguiente desorden del tocado, viene tal, que da gozo el mirarla.— Y a propósito, yo también necesitaría un poco de *toilette*. Sacudamos este polvo; que parezco un molinero. La cabellera pide también una mano de cepillo, y pues le llevo conmigo... ¡Ah! ¿se ha ido?— Pasea con la fámula, y al parecer hablan con acaalamiento, disputan... ¿Se tratará de mí?... ¡Necio! Ni se acordarán... ¡Pues miran al coche!— ¡Ah! se ha aflojado el lazo de la corbata. [*Se la compone.*] Sigue el coloquio... Observemos.

[*Queda en silencio contemplativo y mirando sin pestañear a la carretera, donde, simultáneo de la última parte de su monólogo, han entablado Engracia y Manuela el diálogo siguiente.*]

ESCENA IX.

ENGRACIA. MANUELA.

Manuela. ¿Es posible? ¿Conque identificada con él, digámoslo así...?

Engracia. Sí, hechos un ovillo los dos.

- Manuela.* Si ambos nos hemos dormido, ¿qué tiene de particular?... Tales contingencias son inevitables en un carruaje público.
- Engracia.* Pero en contacto con un extraño, procuran al menos no dormirse las mujeres honestas.
- Manuela.* ¡Señorita!...
- Engracia.* No lo digo por injuriarte; pero...
- Manuela.* Como usted no tenía gana de conversación, y se rindió también al sueño...
- Engracia.* No: no he pegado los ojos en todo el camino.
- Manuela.* ¡Válgame Dios!... Pero si yo, a pesar mío, pagué ese tributo a la humana debilidad, ¿por qué no desperdiciarme...?; y más si el sueño, de suyo nada melindroso, me hizo tomar alguna postura incongruente?
- Engracia.* ¡Oh! muy cómoda, eso sí: la cabeza muellemente reclinada en el hombro de don Modesto.
- Manuela.* ¿Sí? ¡Diablura!... Pero de nada me arguye la conciencia; ni creo que la de ese santo varón tenga por qué remorderle. Segura estoy de que él también en brazos de Morfeo...
- Engracia.* Tal me ha parecido: pero ¿qué sabemos...?
- Manuela.* Si no dormía, quiere decir que, como buen cristiano, habrá llevado con paciencia el involuntario despotismo de mi cabeza, y a fuer de filósofo, si el peso de ella le ha hecho alguna sensación, sin duda ha sido de disgusto. No presumo tanto de mí, que otra cosa me pueda pasar por la tela del juicio.
- Engracia.* Ciertamente, el sueño...
- Manuela.* Es a veces indisciplinado; pero irresponsable. – Y supongamos de parte de ese *quídam*² todo lo que us-

2. *Quídam*. 'Sujeto despreciable y de poco valer, cuyo nombre se ignora o se quiere omitir.' (vid. *DRAE*); Bretón gusta de esta voz y la emplea con frecuencia (vid. v.g. *Marcela*, *Frenología y magnetismo* o *Los tres ramilletes*, donde, incluso, es la denominación de un personaje, que dice de sí "Sí, yo soy una entidad...").

ted quiera suponer; que de mí nada reprehensible puede usted pensar: tanto peor para él si ha hecho, que no lo creo, calendarios de que yo no he sido ni pienso ser partícipe. Lo que puedo...

Engracia. ¡Basta!

Manuela. Lo que puedo asegurar a usted es que mi sueño, aunque fácil, no es pesado; que no hubiera podido tomarse la menor libertad don Modesto sin que yo lo hubiera advertido, y que en tal caso, yo también le hubiera llamado al orden, como usted decía; pero no así como quiera, sino con un alfilerazo.

Engracia. Bien: no hablemos más del asunto.

Mayoral. ¡Al coche!

Manuela. Es que yo...

Engracia. Vamos.

ESCENA X.

D. MODESTO. ENGRACIA. MANUELA.

Modesto. Ya vuelve. ¡Prueba terrible! [*Ofreciendo su mano a Engracia, que va a entrar en la berlina.*] ¿Me será permitido, señorita...?

Engracia. [*Aceptando la mano de D. Modesto.*] Mil gracias.

Modesto. (¡Oh!...)

Engracia. (¡Ah!...)

Modesto. [*Encogiéndose.*] Pase usted...

Engracia. No: puede usted correrse al otro ángulo... ¿Qué más da?

Modesto. Muy bien. [*Pasa al otro rincón.*]

Manuela. Allá voy yo... ¡Ah! ¿Dónde?...

Engracia. Quédate en ese rincón por si todavía no has dormido bastante.

Manuela. ¿Y usted en medio? Entonces...

Engracia. [*Con retintín.*] Yo no duermo.

[*Rueda otra vez la diligencia.*]

- Manuela.* (¡Hum! Apostaría yo algo bueno a que la viudita no mira ya con tanto desagrado a ese neófito.— Y si, atando cabos, achacase yo esta nueva evolución a algo de... celotipia, puede que no me engañara.)
- Modesto.* ¿Las han tratado a ustedes bien?
- Manuela.* Pícaramente. Yo no he comido más que cuatro cucharadas de sopa, y aun eso con repugnancia.
- Engracia.* Yo una taza de te y dos bizcochos.
- Modesto.* Es lastimoso, y cada día más, el trato que se da a los viajeros en nuestros caminos. A mí me ha hecho cauto el escarmiento y siempre llevo provisiones conmigo.
- Manuela.* Hace usted muy bien. Eso mismo propuse yo a mi señorita en los baños de Fitero; mas...
- Modesto.* ¡Ah! ¿Vienen ustedes de tomar aquellas aguas?
- Manuela.* Yo, gracias a Dios, no las necesitaba: mi señorita...
- Modesto.* ¡Qué! ¿ha estado usted enferma?
- Engracia.* Levemente.
- Modesto.* ¿Dolores reumáticos? Para el reúma son muy eficaces aquellos baños, según cuentan.
- Engracia.* No, reúma, no; dolores, no; pero un malestar, una desazón continua...
- Manuela.* A los nervios lo achacaron los médicos.
- Engracia.* Más tienen de espiritual que de físico mis dolencias.
- Manuela.* (De uno y otro me parece a mí.)
- Modesto.* Siento en el alma, señorita...
- Engracia.* Tenían quiero decir. De Fitero salí bastante aliviada, y aunque al principio no dejó de molestarme el carruaje, después... no sé..., creo que el movimiento no me ha perjudicado, y por el momento me hallo bastante bien.
- Manuela.* (¿Qué decía yo? No hay con qué pagar ese candor.)
- Modesto.* Felicito a usted de veras, Engracia.
- Engracia.* Lo estimo.

- Manuela.* (¡Engracia! Ya no esquivamos los nombres propios. Esto marcha.)
- Engracia.* Con todo, siento en el estómago algo de..., como desfallecimiento...
- Modesto.* ¡Ah! necesidad sin duda.— Afortunadamente yo puedo...
- Engracia.* No, no creo que sea eso; más bien desgana... Si algún apetito hubiera yo tenido, bastaban para quitármele de todo punto los grasientos y mal acondicionados manjares que presentaron en aquella mesa fermentada.— Pero no; la falta de descanso es lo que me da guerra. Si yo pudiese dormir un rato... Probaré.
- Manuela.* Será inútil. Con hambre y con penas no se duerme.
- Engracia.* Penas, ¡ah! sí.
- Modesto.* ¡Engracia!
- Manuela.* (¿Cuánto va a que ya no son las de ayer?)
- Engracia.* Pero ¡hambre! No digas eso por Dios, Manuela.
- Manuela.* No un hambre villana, ya se entiende; pero sí la discreta y de buen tono que es permitida a una dama.— Pues quiera usted o no quiera, voy a darle unas rosquillas...
- Engracia.* Bien, una o dos...
- Manuela.* [A D. Modesto.] A esta parva materia y a un frasco de agua de azahar se reduce nuestro repuesto.
- Modesto.* Si tuviese yo la buena fortuna de que aceptase usted algo del mío, que es más confortable...
- Engracia.* No; dispénsese usted, señor don Modesto...
- Manuela.* (¡Señor don Modesto! ¡Bravo!)
- Engracia.* Me haría daño.
- Modesto.* No lo crea usted. Todo sienta bien caminando: el aire del campo abre el apetito y el bamboleo de un coche es el mejor digestivo. Yo, salvo el respeto debido, tengo ya... no diré hambre; pero algo muy parecido a ella.
- Engracia.* Ha parado el coche.

- Manuela.* [Mirando al camino.] Sí, y no debe de ser para mudar tiro, porque no desenganchan.
- Modesto.* No. Al parecer estamos en despoblado. Alguna avería...
- Manuela.* Sin duda. El Mayoral se ha apeado.
- Modesto.* El zagal echa ternos.
- Engracia.* Oigo martillazos.
- Manuela.* ¿Estamos seguros, Mayoral?
- Mayoral.* No hay cuidado. ¡Maldecida góndola!...
- Modesto.* Bajaremos...
- Engracia.* [Gritando.] ¡Ay madre de Dios!...
- Mayoral.* No hay necesidad ¡voto al diablo!... ni de bajarse, ni de chillar.
- Manuela.* Es cosa que encanta la amabilidad de un mayoral.
- Modesto.* [Mirando al camino.] No es de importancia el siniestro, a lo que veo; y a fe que este alto nos viene de molde para tomar una refacción. [Tomando la cesta y sacando de ella lo que va diciendo.] Veamos... No ha padecido detrimento la despensa; está muy bien arreglada la cesta. Saquemos primero esta servilleta, que servirá para Engracita...
- Engracia.* No...
- Manuela.* (Ya hemos avanzado al diminutivo.)
- Modesto.* Si me hace usted el obsequio de aceptar...
- Engracia.* No; ¡si yo...!
- Modesto.* No tenga usted escrúpulo: está sin hacer del agua³.
- Engracia.* Lo creo, pero es excusado... Sírvase usted de ella.
- Modesto.* Para mí la otra, la que contiene las vituallas, que tampoco está sucia, porque cada artículo lleva su doble envoltorio de papel blanco.
- Manuela.* ¡Vaya si es aseadito y primoroso el señor don Modesto!

3. **Sin hacer del agua.** Vale como "sin estrenar". El *DRAE* recoge la expresión como referida a una tela, sin lavar o remojar antes de usarla.

- Modesto.* Jamón cocido en vino generoso. ¿Quiere usted probarlo? Está diciendo ¡comedme!
- Engracia.* Lo agradezco infinito; pero no me atrevo...
- Modesto.* Yo respondo de que le ha de sentar a usted de perlas. Viene ya partido en lonjas delgadas. ¡Ea! honre usted una con sus dientes de aljófara.
- Engracia.* ¡Jesús! Yo...
- Manuela.* (¡Requiebros ya! Las diligencias hacen prodigios.)
- Modesto.* Anímela usted, Manuela.
- Manuela.* (También ha aprendido mi nombre; pero no hay *ita* para mí.)
- Modesto.* ¡Vaya!... ¡Ah! partiré pan.
- Manuela.* La animaré con el ejemplo; que en verdad conforta el olorcillo. [*Toma y come.*]
- Engracia.* (Creo que apetezco... Pero ¡merendar con un hombre, aun siendo tan fino y tan...! ¡Ay Dios!)
- Modesto.* ¿No quiere usted complacerme?
- Engracia.* Sentiré que lo tome usted a desaire...
- Modesto.* No tal; pero ya que usted no sigue el ejemplo de su doncella, yo seguiré el de usted. No probaré bocado.
- Manuela.* ¿Puedo hablar con franqueza?
- Modesto.* Sí.
- Engracia.* Sí. (Ya deseo que me inste.)
- Manuela.* Pues en primer lugar, declaro que el jamón es sabroso, exquisito, y que pienso repetir con permiso de este señor: en segundo lugar, creo que, absteniéndose de él mi señora por... por cortedad, y el camarada por quijotismo, le hacen una inmerecida ofensa, y ni Dios ni el diablo se lo agradecerán.
- Engracia.* Por cierto que...
- Modesto.* Que sí, ¿verdad? Y esa grata sonrisa me dice que...
- Engracia.* Que si ayuna usted, yo tendré la culpa, y no debo cargar mi conciencia... Tomo pues...
- Modesto.* ¡Cuánto agradezco...!

- Manuela.* Vítor! Verá usted qué bien le sabe. ¿A ver otra para mí?
- Modesto.* ¡Ajá! Tomo yo también mi pitanza... ¿Qué tal?
- Engracia.* Está muy rico. ¿Quién le ha aderezado?
- Modesto.* El ama de mi tío el prebendado de Tarazona, de donde vengo ahora.
- Engracia.* Digo a usted, señor don Modesto, que debe de ser mujer de provecho.
- Modesto.* ¡Oh! tiene unas manos... Y limpia como el oro.
- Engracia.* ¿Conque viene usted de Tarazona?
- Modesto.* Sí, señora. Tengo allí una parte de mis haciendas...—
¡Otra lonjita!
- Engracia.* [A *Manuela.*] ¿La tomo?
- Manuela.* Claro está; y yo la tercera.
- Modesto.* Y además, como mi tío es un santo...
- Manuela.* (¿Ya volvemos a la santidad?)
- Modesto.* Fui a pedirle consuelos en mi tribulación...
- Manuela.* ¿Tribulación?— Ya: por la mala pasada de la...
- Modesto.* Ciertamente; y consejos...
- Engracia.* De él habrá usted tomado el de ordenarse...
- Modesto.* Por de pronto le tomé poniendo orden en mi conducta y freno a mis pasiones.
- Manuela.* Con todo, las hay legítimas...
- Engracia.* Déjale hablar.
- Manuela.* O legitimables.
- Modesto.* Confieso que mi vivo resentimiento por una parte, y por otra la animadversión del arcediano al sexo femenino...
- Manuela.* Al llamado bello sexo, como decía usted anoche.
- Modesto.* Ya no puedo menos de certificar que lo es.
- Manuela.* (¡Y la mira! ¡y ella baja los ojos y se pone como una grana! ¡Lucido va a quedar el arcediano!)
- Engracia.* ¡Ah!
- Modesto.* No es nada. Vuelve a rodar la diligencia; pero podemos seguir merendando.— ¿Otra rebanadita?

- Engracia.* ¡No, no, basta!
- Modesto.* Bien está; pero un traguito es ahora indispensable.— Va usted a probar de este vino, [*El de su frasco.*] que es un bálsamo.
- Engracia.* ¡Vino!... ¡Ah!...
- Manuela.* De la bodega del tío, por supuesto.
- Modesto.* Sí; de su cuba predilecta.— Aquí traigo un vasito de plata... [*Lo saca y echa vino en él.*]
- Engracia.* ¡Por Dios!...¡Vino!...
- Modesto.* ¿No le ha bebido usted nunca?
- Engracia.* Sí, poquito...; antes de enviudar.
- Manuela.* (¡Oh paloma sin hiel!) Pero no pide de rigor el estado de viuda que se haga novedad en las reglas de la higiene. O tenemos sed o no la tenemos.
- Engracia.* Sí, alguna tengo...
- Modesto.* Es consiguiente...
- Manuela.* Y ya ve usted, agua, no llevamos... ¡Ah! sí, la de azahar; pero tras del jamón, no me parece muy a propósito.
- Modesto.* Bébalo usted sin recelo: es suave y sin mezcla de ningún ingrediente nocivo.
- Engracia.* Bien, una gota... [*Bebe.*] En efecto, el paladar le recibe bien...
- Modesto.* Y el estómago, mejor. Otro sorbito...
- Engracia.* Por complacer a usted... [*Toma otro sorbo.*] Basta. Apúralo tú, Manuela.
- Manuela.* [*Tomando el vaso.*] Con mil amores. (¡Hola! ¡pues no le ha dado mal tiento *sor* Engracia!) [*A D. Modesto dándole el vaso.*] Bien decía usted: esto es capaz de resucitar a un muerto.
- Modesto.* [*Llenando el vaso y apurándole en seguida.*] Mi tío es hombre que lo entiende.
- Engracia.* [*Sonriéndose.*] Ya veo que el darse buen trato no es incompatible con la santidad.

- Modesto.* Nada de eso. Los neo-católicos de punta, o que pasan por tales, son, a cuál más, bravos gastrónomos.— A propósito, traigo también una gallina asada, que por lo tierna y mantecosa es digna de un cardenal. Va usted a dar su voto...
- Engracia.* No, señor, no: ya basta, y sobra.
- Manuela.* ¿Tan tragonas nos supone usted, o tan hambrientas que... ¡Vaya!
- Modesto.* Bien: la guardaremos para más adelante...
- Engracia.* Ahora...;— vergüenza me da, pero no hay otra cosa que ofrecer a usted;— si gusta de un par de rosquillas...
- Manuela.* [*Sacando de una cestita de viaje un cucurucho con rosquillas y dándosele a Engracia.*] Tome usted...
- Engracia.* [*Presentando a D. Modesto el cucurucho abierto.*] Tome usted...
- Modesto.* [*Tomando algunas.*] Sea cual fuere su mérito intrínseco, de mano de usted, hermosa Engracia, me sabrán a mí...
- Manuela.* [*Riéndose, y con énfasis.*] A rosquillas: eso, por sabido se calla.
- Engracia.* [*Sonriéndose.*] No haga usted caso...
- Modesto.* ¡Bocado especial! Esto es ambrosía.
- Manuela.* ¿No digo?
- Engracia.* Toma tú también, loca. [*Se queda con un par de ellas, pasa el cucurucho a Manuela, y esta lo guarda después de tomar también dos o tres rosquillas.*] Y volviendo a la plática comenzada, decía usted, amigo mío...
- Manuela.* [*Entre dientes.*] Otro pinito. ¡Bueno! Pronto soltará el niño los andadores.
- Engracia.* ¿Qué murmuras tú...?
- Manuela.* Nada: estoy... rezando.
- Engracia.* Decía usted que los consejos de su reverendo tío...

- Modesto.* Me inspiraron las dos ideas que me dominaban cuando tuve la honra..., ¿qué digo?, la dicha de unir-me a usted!
- Engracia.* ¿La dicha? ¡Pronto lo dice usted!
- Modesto.* No, sino tarde, porque debí decirlo desde el momento en que entré en la berlina.
- Engracia.* ¡Don Modesto!... (¡Ah! yo no sé lo que pasa por mí...)
- Manuela.* Ya se ve, como era de noche, y de noche todos los gatos son pardos, y luego se durmió como una marmota... Ya era tiempo de que nos hiciera usted justicia.
- Engracia.* ¿Callarás, aturdida? Prosiga usted.
- Modesto.* Venía preocupado contra las mujeres en general; y he aquí una de las dos consabidas ideas dominantes. La otra, aunque todavía poco desarrollada en mi mente, era acabar mis días en el celibato, y aun abrazar el estado eclesiástico luego que estuviese seguro de que Dios me llamaba por ese camino.
- Manuela.* Como usted, señorita; pero tampoco usted había madurado todavía su resolución.
- Engracia.* ¡Oh! Mira, Manuela, que estás insufrible. Te prohíbo que hables.
- Modesto.* ¡Ah! no la regañe usted. Su lealtad y su cariño la excusan.— Pocas horas, y circunstancias tan plausibles para mí como imprevistas, han bastado para convencerme de que era absurda y temeraria la primera idea; y de esta convicción, que tanto me va ya li-sonjeando...
- Engracia.* ¡Ah!...
- Modesto.* ¿Qué?
- Engracia.* [*Vivamente.*] Nada; no he dicho nada.
- Modesto.* De esta convicción ha nacido naturalmente otra, la de que tampoco estoy organizado yo para realizar la otra idea, aunque de suyo recomendable en extremo.
- Manuela.* (Si me dejara hablar...)

- Modesto.* Practicable también, pues de ello nos dan frecuentes ejemplos las almas privilegiadas.— La de usted es sin duda una de ellas.
- Engracia.* ¿La mía?... Yo... (No acierto a responder. Ahora me pesa de haber impuesto silencio a Manuela.)
- Modesto.* No obstante, si, como yo desearía, aunque no me atrevo a esperarlo, también se han modificado algún tanto las ideas de usted...
- Engracia.* Quizá... Yo nunca he sido pertinaz en mis opiniones ni en mis... Y aunque mi situación era mucho más penosa que la de usted..., también las circunstancias... En fin...
- Modesto.* Esa agitación..., esas reticencias... ¡Oh cuán feliz sería yo si me fuese lícito interpretar...!
- Manuela.* [*Sin poder contenerse.*] ¡Nada de interpretaciones! Disimule usted, mi amada señorita; pero no he podido menos...
- Engracia.* Sí, sí; habla; di lo que quieras.
- Manuela.* Pues digo, ¡y usted, señor don Modesto, guárdese de hacer comentarios, que pudieran ser erróneos, o por lo menos, prematuros;— digo que no hay regla sin excepción: que el dolor aislado o el despecho solitario raciocinan de ordinario muy mal; que en los juicios absolutos suele no haber pizca de buen sentido; que tratadas las personas se aprecian mejor en lo que valen y que hablando se entienden. Digo que si nuestro buen compañero de viaje no ha tenido reparo en confesar que era tan poco razonable como grotesco el desdén con que miraba a las hijas de Eva, menos debe usted sonrojarse, señorita, de condenar su aborrecimiento, imaginado o cierto, a los hijos de Adán. Digo que para él hay ya por lo menos una mujer aceptable...
- Modesto.* ¡Adorable!

- Manuela.* ¡Silencio!— Tal vez dos, porque me parece que a mí tampoco me confundirá con el vulgo de las mujeres.
- Modesto.* No por cierto; que tú eres una alhaja.
- Manuela.* Gracias. (¡Ya me tutea!) Digo que también mi señorita excluye de su anatema a un hombre.
- Engracia.* Dice la verdad.
- Modesto.* ¡Oh Engracia!
- Manuela.* ¡Poco a poco! Digo que uno y otro deben ustedes felicitar-se de haber contraído esa recíproca estimación debida a una venturosa casualidad.
- Modesto.* Yo bendigo.
- Engracia.* Yo también... celebro...
- Manuela.* Bien. Por de pronto eso alivia, y dos personas que ya se estiman, bien pudieran...
- Engracia.* ¡Basta, basta! Ya vas hablando demasiado.
- Manuela.* ¿Qué digo yo que no sea muy natural? Estamos en el siglo del vapor y la electricidad; no somos caducos ni anacoretas...
- Engracia.* ¡Basta, digo! (Me sofoca.)
- Manuela.* Bien, no se altere usted. Será lo que Dios quiera; pero ¿qué pierde usted en oírme charlar para distraerla un poco? Tómelo usted como una broma, hija de la familiaridad en que ya estamos... [*Suelta una carcajada, y no son dueños de dejar de imitarla D. Modesto y Engracia.*] ¡Así! alegrémonos, riamos, y llévese el diablo lo que sea suyo. Confesemos que fue un grande hombre el inventor de las diligencias. Es el descubrimiento más sociable y más... ¡ja, ja, ja!... ¿Quién de nosotros es ya lo que era anoche? ¿Quién piensa como pensaba hace algunas horas?
- Modesto.* Cierto. Yo me desconozco a mí mismo.
- Engracia.* Y yo... voy conociéndome algo mejor...
- Manuela.* ¡Ja, ja!... ¡Magnífico! Anoche no nos podíamos aguantar unos a otros, y ahora estamos a partir un piñón.
- Engracia.* Para el coche.

- Modesto.* Van a enganchar otro tiro. Bajaré: no he fumado...
[*Abre la portezuela.*]
- Manuela.* No se incomode usted por eso: mi señorita permitirá...
- Engracia.* [*Al oído.*] Déjale que baje. [*A D. Modesto.*] Sí. baje usted...

ESCENA XI.

ENGRACIA. MANUELA.

- Manuela.* ¡Pobre mozo! Es tiranía... Don Julián fumaba.
- Engracia.* ¡Ay Manuela! [*Se echa en sus brazos y rompe a llorar.*]
- Manuela.* ¿Qué es esto, señorita!
- Engracia.* En hora fatal entró aquí don Modesto. ¡Ah!...
- Manuela.* Al contrario: yo creo... ¡Llora usted! ¡solloza!
- Engracia.* Lloro mi fragilidad..., mi crimen...
- Manuela.* ¡Crimen! ¿Dónde está el crimen...?
- Engracia.* ¡Manuela!... Yo sospecho que... ¡ay! que le amo.
- Manuela.* Y yo lo sé de fijo. Pero ¿qué mal hay en eso? Él también está que delira por usted.
- Engracia.* Pero él no había jurado eterna fidelidad a otra mujer!
- Manuela.* Pero nada hay eterno en este mundo; y el que pudre no ha de venir a residenciar a usted porque, sin buscarlo, sin desearlo y como llovido del cielo, se le ha aparecido un joven digno, el único digno sin duda de reemplazarle.
- Engracia.* ¡Reemplazarle! ¿Puedo yo consentirlo sin ser perjura?
- Manuela.* Sí, señora. Usted juró de buena fe; pero hizo la cuenta sin la huésped. — Aquí la huésped es la pródiga naturaleza, cuyo imperio no es fácil resistir, ya se lo tengo dicho a usted, y menos en el verdor de la juventud.
- Engracia.* Pues yo le resistiré..., aunque me cueste la vida.
- Manuela.* ¡Oh! no le diga usted; que mayor perjurio sería ese.
- Engracia.* ¡Mayor perjurio!

- Manuela.* Peor todavía: conato de suicidio, que yo combatiré con todas mis fuerzas.
- Engracia.* ¡Funesto viaje!
- Manuela.* No blasfeme usted...— Ya vuelve don Modesto. ¡buen ánimo! ¡Serenidad!... Enjague usted esos ojos...
- Engracia.* ¡Ah! Sí.
[*Se enjuga las lágrimas y se corre al rincón.*]

ESCENA XII.

LOS TRES VIAJEROS.

- Modesto.* ¿Puedo pasar...?
- Engracia.* Quédese usted en ese rincón: yo en este.
- Modesto.* ¿Otro cambio? Sentiría en el alma... [*Rueda otra vez el coche.*]
- Engracia.* No lo tome usted a mal: es que necesito... quisiera dormir...
- Manuela.* [*Bajando la voz.*] Sí, tiene sueño. Como no ha descansado en tantas horas...
- Modesto.* Dice usted muy bien.— Y el refrigerio que hemos tomado convida también al sueño... Pero callemos...
- Engracia.* No; hablen ustedes. Así y todo me dormiré si Dios lo quiere... (y me haría un gran beneficio.)
- Manuela.* (Se dormirá. Ya ha desahogado su corazón llorando en mis brazos, y al fin, como, viuda y todo, no pasa de ser una niña...)
- Modesto.* [*A media voz con Manuela.*] Dígame usted la verdad: ¿está enojada? ¿ha habido reacción?...
- Manuela.* No, señor: el calor excesivo..., la atmósfera cargada..., la lucha interior que tal vez suscitan en su pecho sensaciones a que no venía preparada; todo esto...
- Modesto.* ¡Ah Manuela! ¿Seré yo tan dichoso que...?
- Manuela.* ¡Chit!... ¿A ver?— Pues, en efecto, se van entornando sus ojos...

- Modesto.* ¡Mujer hechicera!
- Manuela.* Se duerme... Callemos... [*Momentos de silencio. Se duerme Engracia.*] Sí, ya duerme, y con un sueño angélico que me parece de muy buen presagio.
- Modesto.* ¿Para quién?
- Manuela.* Para ella y para usted.
- Modesto.* ¡Qué gloria para mí..., si no es que yo duermo también, y lo estoy soñando!
- Manuela.* Ese sueño reparador será el término de la crisis...
- Modesto.* Crisis... ¿Crees tú que hay crisis...? Pero si cuando despierte, triunfa el incipiente amor antiguo...
- Manuela.* No es de esperar. Usted presente, el otro... Ganar batallas después de muerto, solo fue concedido al Cid Campeador.
- Modesto.* ¡Con qué delicia te estoy oyendo, muchacha!
- Manuela.* Y aquí para entre nosotros, la fe hasta hoy guardada, sobre ser muy natural en una joven sensible y honesta, no estribaba tanto en el mérito del difunto, aunque no carecía de él, como en la buena correspondencia;— porque él la idolatraba, eso sí; en la compasión acaso...
- Modesto.* ¡Comasión!
- Manuela.* Sí, señor. Gozaba el pobre de muy poca salud, como que murió tísico.
- Modesto.* ¿Sí? Dios le tenga en su gloria. Yo, gracias a su divina majestad y en buena hora lo diga, soy un roble. ¡Cuando no me mató aquella traidora!...
- Manuela.* ¿Quién sabe si Dios le ha guardado a usted para...?
- Modesto.* ¿Para Engracia? ¡Ah! con ella me daría el Paraíso.
- Manuela.* Es posible... Yo... en lo que esté de mi parte contribuiré... Pero... me voy contagiando...
- Modesto.* ¿De qué?
- Manuela.* Del sueño.
- Modesto.* Pues duerme, hija mía. Yo no sé si podré... Me desvelará el temor... ¿Eh?...— Se ha dormido también.— No

me vendría mal a mí... [*Con la mano en el pecho.*] También ha habido aquí pelea, aunque no tan reñida... [*Reclinando la cabeza en el rincón.*] Si descansara, aunque no fuese más que un cuarto de hora...— El sol se está poniendo, y ya entra por aquí un remusgo... Echemos el cristal... [*Silencio de algunos momentos: luego prosigue interrumpiéndose y dormitando.*] Aquella mala pécora... El arcediano... Vicisitudes... ¡Engracia!...

[*Se duerme también, y al cabo de media hora despiertan los tres a los gritos de ¡Para! ¡so!— ¡Abajo, abajo!, interpolados con juramentos y palabras soeces.*]

ESCENA XIII.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO. EL MAYORAL.

- Mayoral.* [*Abriendo la portezuela.*] ¡Abajo! ¡señoras!
- Engracia.* ¡Ah!
- Modesto.* ¿Qué es esto?
- Mayoral.* ¡Pronto!
- Manuela.* ¿Ladrones?
- Mayoral.* No, no es eso; es que... ¡Maldita sea el alma de los caminos y los carruajes, y la...! Es que el coche se ha inutilizado, y a dos rodadas más nos lleva a todos el demonio.
- Engracia.* ¡Ay! bajemos...
- Modesto.* Sí...
- Manuela.* Volando... ¡Los mantones!
- Modesto.* ¡La capa!
- [*Bajan, ellas con sus pañuelos de abrigo y él con su capa.— Huracán, frío, que por grados se aumenta; aguacero mezclado de granizo y nieve; noche cerrada. Se supone que los demás viajeros bajan también de sus respectivos asientos, gimiendo y gritando las mujeres; jurando o maldiciendo los hombres.*]

- Modesto.* ¿Esperaremos?
- Mayoral.* No se lo aconsejo a ustedes, porque la góndola está inservible, y gracias si, después de tardar una hora en mal pergeñarla, la podemos arrastrar sola hasta Jadraque. Lo mejor que pueden ustedes hacer es irse un pasito tras de otro camino adelante.
- Engracia.* ¡Dios mío! ¡y en noche tan horrible!
- Manuela.* ¡Lloviendo!... ¡granizando!
[Gritos y reclamaciones de los otros viajeros.]
- Mayoral.* Por fortuna, el pueblo está cerquita, a poco más de dos calo., quilo... ¿Cómo se dice eso?
- Modesto.* Kilómetros.— Del mal el menos.
- Manuela.* Apretaremos el paso... Abríguese usted bien.
- Mayoral.* [Al zagal.] A ver si avanzamos un poquito; que aquí estamos mal.— Ayuda tú por el otro lado; yo por este; y tú, delantero, al paso... ¡Cuidadito!

[La diligencia, así llevada, desaparece pocos momentos después, y también todos los pasajeros, menos D. Modesto, Engracia y Manuela; Engracia atribulada con lo que acaba de ocurrir y sin acertar a moverse; Manuela poco menos.]

ESCENA ULTIMA.

ENGRACIA. MANUELA. D. MODESTO.

- Engracia.* ¿Qué haremos? Si hubiera aquí dónde guarecerse... Pero ¡ni una choza, ni un árbol!...
- Manuela.* Lo menos expuesto es caminar, y todo lo de prisa que podamos. El frío arrecia...
- Engracia.* Yo estoy pasmada: no tengo aliento ni para dar un paso.
- Modesto.* ¡Válgame Dios!... Y sin más abrigo que un pañuelo de entretiempos...
- Engracia.* Que se calará muy pronto, porque llueve...
- Modesto.* ¡Ah!... ¡bien haya mi previsión! Abríguese usted con mi capa.

- Engracia.* ¡No, no! ¿Y usted?
- Modesto.* Yo soy hombre, y de constitución robusta. No se cuide usted de mí.
- Engracia.* ¡Que no me cuide de usted! ¡Ah!... ¿Y he de ser egoísta?
- Manuela.* No hay necesidad de que lo sean ustedes ni el uno ni el otro: una capa puede abrigar a dos.
- Engracia.* ¡Yo...! ¿Qué te atreves a proponerme?
- Manuela.* Una cosa muy natural en circunstancias tan críticas.
- Engracia.* Pero el pudor... ¡Manuela!
- Manuela.* ¿Qué peligro puede correr el pudor cuando estamos dando diente con diente? (La procesión va por dentro.)
- Modesto.* ¡Engracia!...
- Manuela.* ¡Ea, vamos! Con esa obstinada resistencia se tira usted a matar, señorita.
- Modesto.* Y a mí me hace usted una injuria sangrienta; porque cierto es que la amo a usted con todo mi corazón; pero soy hombre de honor, soy caballero.
- Engracia.* ¡Ah! no lo dudo, pero... ¡Dios mío!
- Manuela.* Y aun aceptando en participación la capa de un hombre, puede ser casta la que quiere serlo.
- Engracia.* [*Aparte con Manuela.*] Pero ese hombre ¿Es acaso... indiferente para mí?
- Manuela.* Si no lo es, tanto mejor para aceptar de él un beneficio necesario, urgente... Y en todo caso, acuérdesse usted solamente de que se está helando... ¡Ah! copos de nieve... ¡Dios nos asista!
- Modesto.* ¡Por Dios, Engracia!... Figurémonos que somos otro Pablo y otra Virginia... y cuando esto no sea, ¡prójimos, nada más!
- Engracia.* No es desprecio: es que... no me puedo resolver...
- Modesto.* Pues bien, apelemos a otro arbitrio. Imitador de San Martín, aunque indigno, partiré la capa en dos pedazos...

- Engracia.* ¡No, no! ¡qué locura!
- Modesto.* Aquí traigo una navajita...
[*La saca y se dispone a dividir la capa.*]
- Manuela.* [*Interponiéndose.*] No lo permito. ¡Una capa nuevecita!
- Engracia.* Ni yo debo consentirlo.
- Manuela.* Y sería un sacrificio inútil. Bajo una capa se cobijan bien dos individuos; pero media capa no socorre a nadie.— Vamos, decidase usted.— ¿No digo? Ya está hecha una sopa. Siquiera mi mantón es un poco más fuerte, y yo también.— ¡Ea, acabemos!
- Engracia.* ¡Jesús!...
- Modesto.* Prefiere sin duda una pulmonía a deberme algo a mí.— Bien está. Mal que a usted le pese, una misma será la suerte de los dos. Quédese la capa sobre este ribazo, y admire el orbe, cuando lo sepa, nuestro necio martirio y nuestra ridícula heroicidad.
- Engracia.* ¿Cree usted, ingrato! que su salud no me interesa tanto por lo menos como a usted la mía? (¡Ah! ¿qué he dicho?)
- Modesto.* ¡Prenda amada!
- Manuela.* ¡Qué diantre!... ¿No hemos juntado ya comiditas? ¿no hemos dormido bajo un mismo techo?
- Engracia.* Confieso que la situación apremia y me disculpa...; pero bien conocerá usted que solo de un padre o de un hermano podría yo..., debería yo aceptar ese servicio.
- Manuela.* [*Con prontitud.*] O de un esposo.
- Engracia.* ¡Ah! ¿qué dices?
- Modesto.* Lo primero no está en mi mano; lo segundo sí, y en mi mente, y en mi corazón; pero Engracia no me juzga digno de tanta gloria.
- Engracia.* Digno... sí; gloria... quizá... ¡Por la Virgen, no abuse usted del conflicto en que me veo!

- Manuela.* ¡Vamos! ¡Si no hay remedio...! ¡Si es cuestión de vida o muerte! [*A don Modesto.*] ¡Pronto, póngase usted esa capa! [*Lo hace D. Modesto.*] Ampárese usted en ella, señorita de mi alma: es capa conyugal... y en cierto modo, *pluvial* también, pues defenderá a usted del agua.
- Engracia.* Son, pues no hay otro recurso. [*Se arroja tímidamente con una punta de la capa.*] Pero... ¡contraer segundas nupcias!...
- Manuela.* ¡Al año casi de haber enviudado!... ¡y en tal apuro!... ¿Quién no la absolvería a usted?
- Engracia.* ¡Yo prometida esposa de un hombre a quien hace pocas horas no conocía!
- Manuela.* El amor, harto *diligente* ya de por sí, ¿no ha de serlo embutido en una *diligencia*?
- Engracia.* ¡Qué esponsales, gran Dios! ¡En un despoblado, entre tinieblas y en medio de un deshecho temporal!
- Manuela.* Esponsales románticos, es decir, interesantes hasta lo sumo, que darán a ustedes, y a mí también, gran celebridad.
- Modesto.* No es mejor mi asombro, bellísima Engracia, al verme tan radicalmente cambiado; pero la Providencia, que sin duda nos crió al uno para el otro, ha querido disponerlo así. Si recuerda usted todos los accidentes del viaje, y en particular el último, habrá de confesar que no sin designio nos ha juntado; que leyendo en nuestros corazones mejor que nosotros mismos, ha preferido unir en tierno y feliz consorcio a los que ayer hacían vano alarde de sublime virtud, y mañana quizá habrían de gemir bajo el peso de tardío, y desgarrador, y criminal arrepentimiento.
- Engracia.* ¡Ah! tiene usted razón: justo es acatar los decretos del Altísimo...
- Manuela.* Y más cuando está tan de acuerdo con ellos nuestro corazón.— Pero abríguese usted bien. .

- Engracia.* Basta...
- Manuela.* ¿Qué ha de bastar, si apenas cubre usted la espalda...? Con ese pueril regateo, ni usted ni él se guardan de la intemperie. ¡Más juntitos! ¿Cómo ha de ser!...
- Engracia.* Bien... pero que me jure...
- Manuela.* Sí jurará.
- Modesto.* ¡Engracia mía!
- Manuela.* ¡Eh, todavía no! Primero voy yo a casar a ustedes.
- Engracia.* ¡Muchacha!
- Manuela.* No con la autoridad de párroco: ¡Dios me libre de semejante sacrilegio! sino así... provisionalmente, como testigo de excepción, único... providencial; como instrumento lego, pero abonado, de la voluntad celeste.
- Engracia.* Yo invoco también la ley de la inexorable necesidad...
- Modesto.* ¡Qué! ¿sin ella...?
- Engracia.* Sin ella sería usted siempre muy merecedor de mi cariño y de mi mano; pero daríamos tiempo al tiempo...
- Manuela.* Aún está o quiere parecer un poco recalcitrante.— Excúselo usted: su puntillo lo exige...— Ahora bien: señora doña Engracia Manrique, ¿Acepta usted por esposo al señor don Modesto?... ¿Cómo?
- Modesto.* Bonifaz.
- Manuela.* ¿Bonifaz?
- Engracia.* Sí acepto.
- Manuela.* Señor don Modesto Bonifaz, ¿otorga usted su mano a la señora doña Engracia Manrique?
- Modesto.* Sí otorgo.
- Manuela.* ¡Amén! La Iglesia sancionará luego esas promesas, de que yo fiel de fechos con faldas, certifico como más haya lugar en derecho. Entre tanto, yo os doy mi enhorabuena y mi bendición.
- Modesto.* ¡Oh admirable Manuela! tienes en ella un tesoro, esposa mía.
- Manuela.* Ya se apean el tratamiento. ¡Albricias!

Engracia. ¡Oh! sí, mi querido Modesto; es mi mejor... mi única amiga.

Manuela. Sí tal; pero ¡a Jadraque! ¡a Jadraque! ¿Qué esperamos ya?

Modesto. Parece que el cielo se va despejando...

Engracia. Indicio tal vez de que Dios acoge nuestros votos.

Manuela. ¿Quién lo duda? Y el cierzo amaina, y... ¡Oh! la luna aparece también limpia, esplendente y en toda su magnitud.

Modesto. Precursora de otra más grata; de la luna de miel.

Manuela. Saludemos con efusión al astro de la noche. [*Cantando.*] *Casta Diva... Casta Diva...*

Engracia. ¡Eh! calla, atolondrada. Marchemos...

Manuela. Y alabemos a Dios, que todo lo ha ordenado para vuestra felicidad, y para que, unidos en casto vínculo, le sirváis y adoréis.— Mas no porque esta aventura haya tenido tan honesto y dichoso término, deja de ser uno de los más sentenciosos y verdaderos el refrán que dice: *Entre santa y santo, pared de cal y canto.*

